

EL LEGADO DEL GENIO GRIEGO

MIQUEL COSTA i LLOBERA¹

Introducción de Javier Monserrat,
Universidad Comillas, Cátedra Hana y Francisco José Ayala
de Ciencia, Tecnología y Religión.

Traducción completa al español de Nicolau Pons Llinás,
Colegio Montesión, Palma de Mallorca.

RESUMEN: La tribu de los nativos del poblado de Ses Paysses reacciona con odio y violencia ante la presencia de los extraños griegos. Nuredduna descubre en la finura de espíritu del rapsoda Melesigeno que existe un nuevo mundo que enriquece su condición humana. La gran estatua de Nuredduna, de Remigia Caubet, en el Paseo Marítimo de Palma, muestra a Nuredduna mirando al mar con la mano extendida como esperando la llegada del extranjero que la abrirá a un nuevo mundo de armonía, más universal, mucho más enriquecedor que la mirada corta que se cree dueña de lo inmediato. Este precioso mensaje del poema de Miquel Costa i Llobera tiene una evidente actualidad para Mallorca, para España, para Europa y para el mundo. Todos se ven atormentados por los nacionalismos, por las fuertes corrientes migratorias e inmigratorias, por el turismo, y, al mismo tiempo, estimulados por la llamada filosófica del hombre universal de Hegel y por la llamada cristiana a la hermandad universal. El poema de Costa es una hermosa y poética llamada a saber dejarnos llevar por la dinámica de la historia que nos mueve a superar la singularidad y abrirnos a la universalidad.

PALABRAS CLAVE: Mediterráneo; cultura clásica; singularidad; universalidad.

The legacy of the Greek Genius

SUMMARY: The native tribe of the little town of Ses Paysses reacts with hatred and violence in the presence of the strange Greeks. Nuredduna discovers in the fineness of spirit of the Melesigeno rhapsode that there is a new world that enriches his human condition. The large statue of Nuredduna, by Remigia Caubet, on Palma's Paseo Marítimo, shows Nuredduna looking at the sea with her hand outstretched as if waiting for the arrival of the foreigner that will open her up to a new world of harmony, more universal, much more enriching than the short look that believes itself to be the owner of the immediate. This precious message from the poem by Miquel Costa i Llobera is clearly topical for Mallorca, for Spain, for Europe and for the world. All are tormented by nationalisms, by the strong

¹ Nota editorial: abrimos esta sección con la traducción completa, inédita hasta la fecha, del poema *La deixa del geni grec* del eminente poeta y sacerdote mallorquín Miquel Costa i Llobera, en traducción de Nicolau Pons Llinás, y con una introducción de Javier Monserrat, a quien Pensamiento agradece la promoción de esta primicia editorial. En el lugar del resumen, Monserrat nos presenta una sinopsis del contenido de esta obra, que ya da muestra de sus múltiples resonancias culturales y filosóficas.

migratory and immigration currents, by tourism, and, at the same time, stimulated by the philosophical call of Hegel's universal man and by the Christian call to universal brotherhood. Costa's poem is a beautiful and poetic call to know how to let ourselves be carried away by the dynamics of history that move us to overcome singularity and open ourselves to universality.

KEY WORDS: Mediterranean; Classical culture; Singularity; Universality.

1. INTRODUCCIÓN: EL SENTIDO POÉTICO Y FILOSÓFICO DEL LEGADO DEL GENIO GRIEGO

Miquel Costa i Llobera, sacerdote y canónigo de la catedral de Palma de Mallorca, es probablemente el mejor poeta lírico en lengua catalana, escrita con las variantes propias del catalán de Mallorca, es decir, del mallorquín. Calidad lírica que comparte con otro gran poeta mallorquín, Joan Alcover, contemporáneo y amigo de Miquel Costa.

1.1. *Perfil humano y poético*

1. Nace en Pollensa (Mallorca) el 10 de marzo de 1854 y muere en Palma el 16 de octubre de 1922. Su formación en lenguas clásicas, y en el conocimiento en profundidad de la cultura griega, comenzó con su primera formación intelectual. Primero fue en Mallorca y después en Madrid y Roma. En 1872 comenzó derecho en Barcelona, para proseguir después en Madrid. Sin embargo, no acabó la carrera porque su evolución interior le abrió a la poesía, la espiritualidad y el sacerdocio. En 1880 comenzó su carrera eclesiástica. En 1885 trasladó sus estudios a Roma, doctorándose finalmente en teología en la Universidad Gregoriana de Roma, reedición decimonónica del primer Colegio Romano de la Compañía de Jesús. Miquel Costa hizo del mundo clásico, aparte de lo religioso, el verdadero eje de su vida. No cabe duda de que aprendió muy desde joven la hermosura del clasicismo. Estudió el bachillerato en el Instituto Balear, instalado en el edificio del Colegio de Montesión, expropiado a los jesuitas desde su expulsión en 1769. En la iglesia, administrada religiosamente por los jesuitas, estaba la Congregación Mariana a la que Costa pertenecía. En ella, además de lo religioso, se cultivaban diversas materias que se ofertaban a los congregantes. Es altamente probable que allí, muy de joven, con buenos profesores, aprendiera a gustar el clasicismo grecolatino y lo hiciera desde Mallorca, sintiendo ya su experiencia estética clásica en el marco del paisaje del mediterráneo mallorquín. Su experiencia de Mallorca fue vivida como una experiencia clásica ya desde joven y fue profundizándose después en sus posteriores estudios.

2. Miquel Costa es un poeta de composiciones altamente técnicas y valiosas. Sus primeros trabajos poéticos suelen agruparse en una etapa romántica. En ella se incluye *El pino de Formentor*, con traducción al español hecha por el mismo Costa. La segunda etapa, y principal, es la etapa lírica. La obra capital de Costa

es el poemario titulado *Horacianas*, donde trata de emular en mallorquín el fino clasicismo estético de Horacio. En el capítulo de «obras varias» se incluye el poema titulado *La deixa del geni grec*, que podríamos traducir como *El legado del genio griego*. Se trata de un poema de unas 22/25 páginas, en mallorquín, que pertenece al género de la poesía épica. Como sus lectores podrán valorar personalmente es un hermoso poema histórico-épico, distinto a otras obras de Costa, puramente líricas, que encandila desde el primer momento y mantiene hasta el final una fuerte empatía emocional. Pero, además, es muy importante advertir que el poema transmite un mensaje humanístico de gran calidad, que entra incluso con actualidad en las grandes cuestiones de la filosofía política y de la historia. Podrá comprobarlo el lector.

En Mallorca este poema es bastante conocido, aunque su lectura, en el mallorquín de Costa, no resulta fácil incluso a quienes hablan habitualmente el mallorquín. Costa es un poeta culto y su poesía tiene también el mismo nivel de cultura. Sin embargo, dada la hermosura de la historia que cuenta el poema y lo atractivo de sus personajes, sí existe en Mallorca un conocimiento del argumento (a veces con poca precisión) y, sobre todo, de sus personajes, principalmente su protagonista, la virgen Nuredduna. En Mallorca tiene calles y monumentos dedicados. En especial la escultura de Remigia Caubet colocada en el Paseo Marítimo, mirando al mar, a espaldas del moderno Palacio de Congresos.

En Cataluña, obviamente, la valoración de Miquel Costa i Llobera como parte de la literatura catalana es sin duda muy grande. Se ha valorado la finura de su clasicismo y la emoción estética que transmite en su obra lírica, así como el alto valor técnico de sus composiciones poéticas, que llegan a su máxima expresión en las *Horacianas*. Sin embargo, aunque el poema *La deixa del geni grec* es también conocido, el hecho es, a mi entender, que no se ha proyectado con la potencia que hubieran hecho posibles los medios de que se dispone en Cataluña. En mi opinión la hermosura de este poema hubiera contribuido a enriquecer altamente el patrimonio de la poesía y de la literatura catalana. Esto lo hubiera valorado mucho Miquel Costa que era consciente de que su dedicación a la lengua mallorquina estaba moralmente impulsada por la *Renaixença catalana*.

1.2. *La historia de Nuredduna y su mensaje filosófico*

1. La historia se enmarca en el siglo VIII antes de Cristo. Es el tiempo homérico. La isla de Mallorca, en el extremo occidental del Mediterráneo, no tiene una estructura política como estado consistente. Vive dividida en pequeños poblados, contruidos con grandes piedras que sirven para la defensa. En torres relativamente pequeñas (familias) o en poblados con más habitantes que disponen de muralla que sirve de refugio a sus moradores. En general, la historia ha nombrado estas construcciones megalíticas con el nombre de *talayots*. Se trata de la cultura talayótica.

En la villa de Artá, a menos de un kilómetro del centro, se halla el poblado talayótico de *Ses Paysses*. Tiene una gran muralla megalítica, con un perímetro de unos 300 metros. La entrada está hecha también con grandes piedras y ofrece un aspecto impresionante. El recinto está lleno de casas pétreas completamente apiñadas. Probablemente los habitantes hacían vida en tiendas fuera del recinto, alrededor de la muralla. Sólo en caso de peligro (como pasaba también en las torres familiares) se refugiaban todos apelotonados en el interior de la muralla. Fuera, donde se hacía la vida ordinaria, un bosque de encinas gigantescas. Una de ellas era el árbol sagrado de la tribu con un altar a sus pies para los sacrificios. Como la acción discurre en el escenario de *Ses Paysses* Miquel Costa pensó, en una primera hipótesis, titularlo *Poema de Artá*.

2. El poema comienza por una invocación de los poderes numéricos de la Tierra, ante un sacrificio que el poeta anuncia y está ya próximo. Igualmente se invoca a Dios y se le ofrece la más rica libación de la sangre que se avecina. Estas invocaciones son coreadas por cien voces junto al altar de piedra y a la sombra de la sagrada encina. Los guerreros de la tribu adornados con sus plumas, cascos y armas, acompañan el ritual del sacrificio ya inminente. El sumo sacerdote, anciano de barbas blancas y actitud hierática, erguido sobre la muralla ciclópea, trata de infundir calma en el dramático desenlace. Sentada frente a él, la nieta del venerable anciano, la virgen Nuredduna, sacerdotisa de la tribu, atiende serena a los acontecimientos. En su faz dulce y serena sus ojos irradian como un sueño divino. Flor de su raza, hermosa, Nuredduna era como una virgen hecha poesía.

Atados al pie del gran tronco de la encina sagrada, inmóviles, mudos, nueve extranjeros estaban en penosas actitudes de futuras víctimas. Eran griegos que en una nave desde oriente costeaban la isla de Mallorca y habían decidido desembarcar pensando que estaban en un país amigo. Pero guerreros de la tribu de *Ses Paysses* los habían prendido en una emboscada. Ahora atados en torno a la encina sagrada, ya en espera de la cruel agonía, ojos bajos, sin quejas, como propio de valientes, dirigían a la patria un recuerdo triste y suave.

3. Entre los presos helenos, un joven gallardo, de nombre Melesigeno, junto a sus armas destrozadas, conservaba la lira de los rapsodas. Melesigeno era el nombre que de joven tenía el mismo Homero. El más viejo y gentil entre los cautivos se dirigió al rapsoda diciéndole: Melesigeno... ¿por qué no cantas ahora nuestro mortal adiós? El rapsoda se incorporó y, ordenándolo el sacerdote, la virgen profetisa hizo señal de silencio. Entonces la voz del alto rapsoda sonó en la espesura del bosque.

... ..

Adiós, patria de héroes, país de la armonía.
Adiós, hogar y padres, hermanos, amigos, parientes.
Adiós, clara luz de Hélios, espléndido rey del día,
tierras donde toda raza de hombres parlantes se cría,
mar de rumores sin nombre, dulce aire de los vivientes.

... ..

*¡Oh Clumba (Mallorca)!, en ti no pensábamos encontrar suerte tan dura.
Al ver cómo salías de un mar y un cielo tan azul
como los de nuestra patria; y en rocas y verdor,
hermana de las Cíclades, mostrabas tu figura.
¡Ay! como la santa Delos, sonriendo a nuestra nave.*

... ..

*Tus olas me parecieron juego de las Sirenas,
tus campos como los de la isla donde el divino Odiseo,
dentro de un albergue de ninfas, casi olvidó sus penas;
y veía yo en tus abruptas y serenas costas
el escondido palacio de Tetis, las cuevas de Proteo.*

... ..

Mientras tanto, Nuredduna, aun sin entender, siente que el canto del rapsoda la ha despertado a un mundo nuevo que la conmueve emocionalmente...

... ..

*... .. entonces la virgen Nuredduna,
caída su bellísima frente de morena cabellera,
el nuevo ensueño bebía del no comprendido canto...
Y sobre la tan noble figura de aquel preso,
fijando ella la vista, piadosa y admirada,
de un nuevo mundo espléndido sentía revelada
la vida por el rapsoda parecido a un inmortal.*

... ..

3. Ya en estas escenas introductorias nos ofrece Miquel Costa i Llobera la pauta interpretativa de todo el poema. Los griegos llegan navegando a Mallorca en busca de la ciudad de Bóccoris con ideas estratégicas. Bóccoris, fundada por orientales de origen egipcio, estaría situada en torno a la actual Pollensa. Sin embargo, ya en Mallorca, en el otro extremo norte opuesto a Pollensa, deciden desembarcar a impulsos de su atractivo y de su hermosura mediterránea. El rapsoda condenado a muerte recuerda a su patria, Grecia, país de la armonía y de la luz mediterránea, tierra de diversidad donde toda raza de hombre se cría, donde un mar de rumores, de ideas e iniciativas se despliega, donde todo ello produce el dulce aire de sosiego para aquellos que tienen que afrontar la vida. En Grecia se busca la vida en la armonía, en la estética del paisaje, en la diversidad y armonía de las ideas, en el aliento vital de los hombres. Por ello, al llegar a Mallorca, quedan encandilados por su hermosura y creen estar en su propia patria. Creen que, al desembarcar para explorarlo, entran en un país amigo, como sería la misma Grecia. Mallorca, que intuyen hermana de la Hércules, una tierra donde la misma luz mediterránea de Grecia llevaría a la amistad y a la armonía. Al equilibrio clásico de la vida. Así son, en efecto, las ilusiones del rapsoda en su canto. Expresa lo que aquellos griegos sintieron y hubieran deseado que fuera. Pero la realidad ha sido que se han encontrado con nativos

hostiles y violentos que los han apresado, los han condenado a muerte y se disponen ya, allí mismo, a ejecutarlos sin más contemplaciones.

El poema describe seguidamente el impacto emocional del canto del rapsoda en Nuredduna. En plenitud de su hermosura se deja arrastrar por el ensueño de aquel canto que no comprende. Siente que el rapsoda le revela la vida de un nuevo mundo espléndido que intuye. No solo es el ensueño, sino también la emoción personal que siente al ver al rapsoda, hasta el punto de que Miquel Costa nos da a entender con gran discreción poética el enamoramiento de Nuredduna.

Nuredduna acepta, pues, abrirse al mensaje del rapsoda y se compromete en ello. Tenemos ya aquí lo que, a nuestro entender, es la tesis básica del poema de Miquel Costa i Llobera. Así podemos, en efecto, constatarlo en su lectura. Es la tesis de que Mallorca, por su posición en el mediterráneo occidental, por su mar, por sus costas retorcidas, por sus playas, por sus montes, por sus bosques de grandiosas encinas, por su maravillosa luz, por sus olivos milenarios, por sus rebaños, por la leche, la miel, el aceite, el pan, el queso, las algarrobas... es el mismo escenario mediterráneo que ha hecho nacer en Grecia y en Roma (desde la perspectiva de Miquel Costa) un mundo de armonía que llamamos la cultura clásica. Este movimiento de encantamiento bidireccional va de Melesigeno a Mallorca (y a Nuredduna cuando descubra lo que hace por él) y de Nuredduna a Melesigeno, es decir, al mundo nuevo de armonía que ha intuido en él, a saber, la armonía de la cultura clásica que se expresa en la finura de espíritu de Melesigeno. Esta entrega bidireccional se magnifica emocionalmente cuando entre ellos nace la atracción más sublime que llamamos el amor.

4. Desde este planteamiento inicial se desenvuelven por su propio impulso los momentos siguientes del argumento del poema.

1) Nuredduna urde un plan para salvar a Melesigeno. Una vez iniciadas las ejecuciones, los cuerpos ya arden en el fuego del altar de sacrificios bajo la gran encina sagrada. Nuredduna, como vidente y profetisa de la tribu, desde un lugar elevado, anuncia que Melesigeno, el rapsoda, no debe morir allí, sino que debe ser trasladado a las grandes cuevas habitadas por la presencia del Dios desconocido. El sacrificio de Melesigeno en el interior de la cueva será mucho más doloroso y una ofrenda que el Dios desconocido aceptará complacido. La visión de Nuredduna no es bien recibida por algunos, que alumbran imprecisas sospechas hacia ella. Pero el anciano sacerdote, cabeza de la tribu y abuelo de Nuredduna, acepta la visión de Nuredduna y decide que Melesigeno sea trasladado a las grandes cuevas del Dios desconocido.

2) El sacrificio en torno a la encina sagrada termina con las primeras luces del alba y Melesigeno, el último griego con vida, sin saber qué pasa, espera su destino. Poco a poco se organiza la comitiva para llevar a Melesigeno a la gran cueva del Dios desconocido. Este, vigilado por los guerreros, camina, todavía aferrado a su lira prodigiosa, símbolo de su mundo de armonía clásico. Por una vereda junto a la costa camina la comitiva viendo el reflejo de la luz

del alba en el colorido de las aguas. Al cabo de un tiempo aparece la erguida imagen del Cap Vermell (cabo rojo), monte abrupto junto al mar de rocas rojizas, que alberga en su interior las cuevas de Artá. Allí en el promontorio ya se vislumbra desde lejos la gran boca de entrada a las cuevas, que pareciera ser la boca de un monstruo viviente en las entrañas de la tierra. Tras la penosa ascensión, la comitiva entra en la cueva y se va perdiendo poco a poco la luz del sol, quedando solo la trémula luz de las antorchas que crea reflejos fantasmagóricos en el bosque de estalagmitas. El poema describe con fuerza la misteriosa impresión de ese mundo de columnas que componen extrañas figuras. Al llegar a la gran sala central puede ya verse a lo lejos el gran altar de piedra, ara de los sacrificios al Dios desconocido. Los guerreros encadenan a Melesigeno firmemente al ara del altar. Junto a él dejan apoyada en el altar la prodigiosa lira. Le dan a beber un brebaje sagrado y la comitiva emprende poco a poco el regreso. Melesigeno observa cómo se van apagando las luces de las antorchas, hasta quedar sumido en la más absoluta oscuridad. Entonces lanza un grito atronador, que resuena y se pierde entre las sombras de la inmensa y estremecedora caverna. Después se duerme por efecto del brebaje recibido.

3) Pasado un tiempo, Melesigeno abre los ojos y va observando que, a lo lejos, dentro de la caverna, va tomando fuerza una tenue luz que se acerca más y más. No da crédito a su vista cuando advierte la presencia de la sacerdotisa de la tribu y se siente amparado. La sacerdotisa, que para él comienza ya a ser emocionalmente una doncella, Nuredduna, lo libera de sus ataduras. Le explica lo que ha pasado y Melesigeno intuye que está junto a su protectora. Una dulce corriente de simpatía brota entre los dos y el amor sacrificado de Nuredduna comienza a tener la inevitable correspondencia. Salen de la gran cueva con los últimos atisbos azulados de la luz crepuscular y aparece ya en el horizonte la presencia de la luna. Acompañados por la mágica y romántica presencia de la luna, bajan a la orilla del mar donde Nuredduna le muestra, a lo lejos, la nave de los griegos que aguardan todavía el regreso de sus compañeros perdidos en la isla. Nuredduna le entrega la comida preparada para él y Melesigeno, cuando quiere regalarle la lira en correspondencia, advierte que, con el apresuramiento de la salida, la ha olvidado en la cueva junto al altar. En el bote preparado por Nuredduna se aleja Melesigeno hacia la nave griega, pero con la vista y el corazón puesto en Nuredduna. Ya en la nave cuenta a sus compañeros lo sucedido y deciden retirarse para buscar refuerzos y (pensaría Melesigeno) poder liberar a Nuredduna del peligro de la tribu.

4) Una vez liberado Melesigeno, Nuredduna emprende el regreso. Pero pronto advierte, con sobresalto, el movimiento entre la maleza y un griterío de gente que avanza hacia el Cap Vermell. Son los mismos que habían sospechado de Nuredduna y se dirigen ahora a la gran cueva con la intención de comprobar que Melesigeno sigue estando allí y vigilarlo. Nuredduna se inquieta y se dirige también a la cueva para refugiarse. Cuando los amotinados se acercan ya a la entrada a la gran cueva, Nuredduna, ya en la cueva, desde lo alto, se dirige a ellos diciendo:

... ..

*-- Abierta está la puerta de la guarida: podéis entrar ahí
sin mí, corazones de gineta que tenéis sed de sangre.
Más el hombre que os guía, no busca ya al cautivo.
Él busca a la Nuredduna que odia el sanguinario,
y con esto mi última palabra ya habéis escuchado.*

... ..

5. En este momento, Miquel Costa traspone la figura profética de Nuredduna y la convierte en sibil-la, profetisa del Antiguo Testamento que anuncia la futura llegada de Cristo. Textos medievales del Canto de la Sibil-la se han cantado ininterrumpidamente en Mallorca como Prólogo poético a la Navidad, y así se sigue haciendo en la actualidad. En Cataluña esta tradición está comenzando a recuperarse desde hace un tiempo. Es este un punto clave para entender el mensaje del poema. La trasposición poética de Nuredduna en Sibil-la no es un exabrupto, sino una forma literaria de expresar el fondo de humanismo, que culminará en el humanismo cristiano. Lo que Nuredduna intuye en la imagen del rapsoda Melesigeno es la hermosura de la armonía de la fraternidad universal, sin límites.

Continúa diciendo Nuredduna al gentío amotinado contra ella:

... ..

*Pues yo he escuchado clara la voz del Invisible.
Yo lo he podido entender dentro de un latido de amor;
y dice que no le agradan las víctimas del horror,
que, derramada la sangre vanamente, le es aborrecible,
que él por querer carnicería ¡no es tigre ni buitre!*

... ..

*Ya veo, ya veo como alba de aquella edad futura
en que, según el enigma, la virgen dará a luz;
cuando el Invisible se mostrará hablando al hombre,
del cielo nuevo rocío lloverá pura ternura
y entonces ya todos tendrán que llamarse hermanos.*

... ..

*¡Salud, lejana claridad perdida entre las tinieblas,
que en alas de hermoso cántico me muestras un trasluz!
Mi vida para ti se exhala como un ligero perfume...
¡Lejos, las terribles armas y las sanguinarias fiebres
de los dioses y los sacrificios de bestial hedor!*

... ..

*¡Fuera de este templo!... Que aquí la raza impura
no manche maravillas que no puede construir.
Si tanto queréis, manchad las rocas del talayote,
que antiguos gigantes edificaron según su estatura.
¡Aquí, sólo el Invisible es dios y sacerdote! --.*

... ..

La tesis básica del poema —la identificación de Nuredduna (Mallorca) y Melesigeno (Grecia) en la cultura clásica, en la cultura de la armonía— se ve aquí completada por la trasposición histórica que presenta el poema. Lo que hace literariamente Costa es proceder a una generalización, una universalización, que está germinalmente iniciada en la cultura clásica de la armonía. En otras palabras, en la cultura de la armonía han dado los griegos un paso singular hacia el valor de la fraternidad universal, que el cristianismo asumió y elevó al amor que brota de la Divinidad.

6. La tensión dramática del poema se extrema desde este momento hasta el final y el lector sigue emocionado hasta contemplar, en el desenlace, el triste final de Nuredduna abrazada la lira de Melesigeno, al amor que la lleva a un mundo nuevo, así como la frustrante derrota y muerte del poblado de Ses Paysses, es decir, la muerte de aquellos que se cierran a la fraternidad universal, en la violencia y en el odio de quienes no reconocen que esto no es ni tuyo ni mío, sino que pertenece a la fraternidad universal, a saber, al imperio del amor entre los hombres que refleja el amor esencial de un Dios que ha producido un mundo para el amor.

1) Los amotinados, ciegos al discurso de Nuredduna, obviamente, reaccionan con su violencia y su odio suicida lanzando una nube de piedras sobre Nuredduna.

... ..

*Así la habló la profetisa. Y un pedrisco
zumbó hacia ella mientras una voz airada
gritó: -- ¿Habéis oído? Ha blasfemado de los dioses
y quien blasfema de los dioses, justamente muere apedreado.*

... ..

La hermosa Nuredduna, ya herida se refugia hacia el interior de la cueva, dejando un rastro de sangre en su camino. Llega hasta el altar del sacrificio en la sala central y, ya exhausta, se derrumba en un desfallecimiento final junto a la olvidada y prodigiosa lira de Melesigeno. Todavía con un cierto asomo de sentido en su conciencia, puede Nuredduna escuchar el canto de las estalagmitas de las cuevas que se transforman en vírgenes alabastrinas de agua que cantan con dolor y admiración su despedida. La inmensidad sobrecogedora de las cuevas de Artá cobra poéticamente vida y hacen llegar al oído de la heroica Nuredduna un canto de armonía que proclama la verdad de la fraternidad universal, y la denuncia del odio, que ha hecho suya Nuredduna en su propio sacrificio. Estas estrofas del poema son el momento culminante de la expresión lírica que transforma la realidad en sentimientos.

... ..

*... .. las mudas sombras
le dieron al espíritu como un lenguaje sonoro;
voces del imponente silencio de esta forma comenzaron a cantar:*

... ..

*-- Reposa entre nosotros, reposa, humana virgen.
Lejos de las vidas que se lleva el temporal...
Dentro de la pura profundidad que tu gran corazón demanda,
alabastrinas vírgenes te quieren llamar hermana,
intactas vírgenes de agua quieren llorar contigo.*

... ..

... ..

2) Mientras tanto, en el exterior, los amotinados llegan a la gran boca que da entrada a la cueva. Temerosos y amedrentados ante lo desconocido, ante la misteriosa caverna en que es soberano el Dios desconocido, aquel gentío lleno de odio, no osa traspasar el umbral que abre a la oscuridad del interior. La figura de Nuredduna pesa sobre ellos y deciden finalmente retirarse, ajenos a lo que realmente haya podido pasar con ella.

1.3. *El desenlace final del poema potencia su mensaje filosófico*

En la tercera parte del poema, encabezada por un III en números romanos, se describen las escenas que llevan al desenlace final de la historia.

1. El poema supone que la nave de los griegos, ya con Melesigeno, ha contactado con la escuadra de los griegos que se dirige hacia el poblado de Ses Paysses, donde Melesigeno piensa que se encuentra Nuredduna amenazada por un final incierto.

1) La tercera parte (III) comienza describiendo el destructor ataque que los griegos emprenden sobre el poblado de Ses Paysses. Miguel Costa no ahorra detalles del prodigioso asalto. Las naves, los soldados con sus yelmos, plumas y escudos amenazantes, las catapultas gigantes, las ballestas que lanzan piedras, grandes bolas de alquitrán ardientes, lanzas, flechas y todo tipo de ingenios bélicos en acción... la destrucción es total y los guerreros de la tribu responden poniendo en juego su destreza como honderos lanzadores de piedras. Pero nada frena el avance destructor de los griegos. Mujeres y niños corren aterrorizados de un sitio a otro, abriéndose camino entre los cadáveres. El bosque de encinas que rodea el poblado está también ardiendo hasta que se desploma la encina sagrada que amparaba el altar de los sacrificios...

... ..

*... ..El incendio crecía por instantes.
Ardían las encinas como hogueras gigantes.
Y ancianos, niños y mujeres, sin ver hacia donde corrían,
de aquí para allá, cayendo en tierra se retorcían
en un enorme brasero de cenizas y brasas
o bien aplastados morían bajo ásperas ramas
que con crujidos horribles se precipitaban desde la altura.*

*Por fin, la encina madre de toda la espesura,
la que tenía a sus pies el sangriento altar,
rindió las ramas podridas sobre los que habían muerto
y, símbolo de la tribu, quebró su ancestral tronco.*

... ..

2) Desde lo lejos, desde el lejano monte del Cap Vermell, que aloja la gran cueva del Dios desconocido, las cuevas de Artá, el sumo sacerdote, el abuelo de Nuredduna, y los otros muchos sacerdotes asistentes contemplan con dolor la destrucción total del poblado. Lanzan mensajes de aliento a los combatientes. Pero todo es inútil. Desesperados deciden darlo todo por perdido y refugiarse en la cueva para morir allí y preservar sus huesos del dominio de los invasores.

... ..

*De lejos veían esto, asomándose a una roca
del monte de las cavernas los sacerdotes unidos,
que desde allá clamaban a los dioses y hacían votos
por encorajinar al último de la tribu, nunca rendida.
Luego el augusto jerarca viéndola ya perdida
se arrancó frenético la intacta majestad
de sus cabellos y barba, honor de su sagrada cabeza.
-- ¡Oh, hijos! —dijo— ya es la hora. ¡La raza de la encina
no vive sobre la tierra que el extranjero domina!
Vayamos hacia las cuevas. ¡Dentro de aquel santo horror
dejemos al menos los huesos salvados frente al invasor! --.*

... ..

Los sacerdotes y cuantos los acompañan, los restos de la tribu cuasi destruida dejan el punto de observación y emprenden el camino hacia la gran boca de la cueva. Durante el camino van recogiendo teas y cuanta leña les es asequible y pueden portar. Cruzan el umbral de la entrada y en un silencio fúnebre, a la luz de las antorchas y de la luz que se filtra por las fallas del terreno, llegan por fin al gran altar de los sacrificios. Allí, distanciada del altar, comienza a elevarse la pira en que todos depositan la leña que portaban del exterior. Se prende fuego y una inmensa llamarada se eleva a la altura de la gran sala. Luz y calor se extienden por doquier. Por fin, el gran sacerdote grita en sosegada desesperación: ¡Comience el holocausto! Entonces todos comienzan a unirse por las manos y giran alrededor de la hoguera.

... ..

*Y sacerdotes y sagas, en mutua sumisión,
dando vuelta a la hoguera, las manos se unieron por doquier.
Siete vueltas la cercaron danzando en silencio
y en el séptimo rodeo haciendo un gemido mortal
dentro de la tremenda pira saltaron por igual.*

... ..

3) El pueblo de la tribu de Ses Paysses como resultado de un efecto derivado de su ciego rechazo de aquel grupo de griegos que se adentraron en la isla para ver su belleza y revivir la experiencia mediterránea de su patria Grecia, se suicida arrojándose a la inmensa pira de fuego.

El venerable anciano, sumo sacerdote de la tribu, abuelo de Nuredduna, antes de echarse él mismo a la hoguera, vigila que todos hayan corrido la misma suerte y que ninguno se haya fugado, eludiendo el holocausto. Entonces, al mirar en derredor, descubre a su nieta Nuredduna...

... ..

*Ya el último, el anciano jerarca, cuando se estaba arrojando
quiso mirar si alguno, indócil, se escapaba
y, al alargar la vista, vio a la luz del fuego
a su nieta sobre el trono del augustísimo lugar.*

... ..

Como quien sabe que todo está perdido y recompone con serenidad lo que ha pasado y acepta ya con frialdad lo inevitable, el venerable anciano, contempla, ya casi impasible a su querida nieta Nuredduna...

... ..

*Era ella, Nuredduna, que estaba allá sentada, impasible,
inmóvil, bella y pálida como si del Invisible,
sintiera, desvanecida, el oráculo más secreto.
Su cabeza que se sostenía del trono en la pared
mostraba una herida, rojiza fontanela,
que por la frente goteaba un rastro de fresca sangre.
Sus brazos estrechaban, como en un transporte supremo,
la lira del rapsoda en un abrazo de muerte.
Viéndola así su abuelo retrocedió de repente
y con voz lúgubre y lágrimas, exclamando: -- ¡Ay, Nuredduna!
saltó sobre la llamarada de aquel ardiente abismo.
Aquella pira ardió largo tiempo silenciosamente
como holocausto del solitario templo
y el humo de tal incendio, llenando el santuario,
sus blancuras de alabastro por siempre tiznará.*

... ..

4) El poema de Miquel Costa i Llobera concluye, pues, cuando el venerable anciano descubre el cadáver de Nuredduna, pero respirando la serenidad última que parece haberla trasportado al mundo nuevo que descubrió, por el que se comprometió, y por el que perdió la vida.

2. Este dramático final refuerza el mensaje que Costa nos trasmite con el poema. Nuredduna muere estrechando entre sus brazos, como en un transporte supremo, la lira del rapsoda en un abrazo de muerte. Nuredduna muere abrazada al nuevo mundo que había vislumbrado en Melesigeno, simbolizado por la lira. Muere abrazada al mundo clásico, el mundo de la armonía. El mundo

que Nuredduna, convertida literariamente en Sibil-la que profetiza el futuro, ha vislumbrado como el futuro momento de la fraternidad universal que el cristianismo ha profundizado hasta explicarlo todo por el Amor que nace de la Divinidad. Este es el final del poema.

... ..

*Así, vestidas de duelo estáis, Cuevas de Artá.
Así retienes dentro de tus entrañas, Isla dorada,
la eterna lira griega envidiada por los genios,
don del antiguo monarca de los cantores ideales
a la flor de tu pueblo, capaz de sus amores.
¡Más, ay! tu augusta hija que lleva la gran lira,
dentro de tu poético abismo, permanece, inmóvil, muerta.*

... ..

La tribu de los nativos del poblado de Ses Payses reacciona con odio y violencia ante la presencia de los extraños griegos. Nuredduna descubre en la finura de espíritu del rapsoda Melesigeno que existe un nuevo mundo que enriquece su condición humana. La gran estatua de Nuredduna, de Remigia Caubet, en el Paseo Marítimo de Palma, muestra a Nuredduna mirando al mar con la mano extendida como esperando la llegada del extranjero que la abrirá a un nuevo mundo de armonía, más universal, mucho más enriquecedor que la mirada corta que se cree dueña de lo inmediato.

Este precioso mensaje del poema de Miquel Costa i Llobera tiene una evidente actualidad para Mallorca, para España, para Europa y para el mundo. Todos se ven atormentados por los nacionalismos, por las fuertes corrientes migratorias e inmigratorias, por el turismo, y, al mismo tiempo, estimulados por la llamada filosófica del hombre universal de Hegel y por la llamada cristiana a la hermandad universal. El poema de Costa es una hermosa y poética llamada a saber dejarnos llevar por la dinámica de la historia que nos mueve a superar la singularidad y abrirlos a la universalidad.

1.4. *La traducción al español completa de La Deixa del Geni Grec*

El pasado verano (de 2022) recibí en Mallorca la visita de unos amigos americanos y los orienté sobre las cuevas de Artá y la historia literaria de Nuredduna. Pensé en imprimirles el texto completo en español del poema de Costa i Llobera, que les ayudaría a valorar la significación poética de las cuevas. Busqué y busqué en internet alguna traducción completa que pudiera imprimir. Fue inútil. No podía creer que la traducción al español no existiera. Consulté a personas expertas y tampoco fue posible. En la universidad me confirmaron que, en efecto, la traducción completa no existía. Supe entonces que sólo se habían traducido unos pocos párrafos en un libro de arte. Había que hacer algo.

Se me ocurrió entonces sugerirle a un compañero, jesuita, Nicolau Pons, persona con 96 años pero con muy buena salud, siempre metido en trabajos literarios de todo tipo, si no se atrevería a emprender la traducción de una obra

tan importante. Para mi sorpresa me dijo inmediatamente que sí. Por entregas me fue pasando la traducción que en cosa de un mes estaba ya concluida. La repasamos juntos para revisar y mejorar el texto. La pasamos también a expertos que avalaron el trabajo realizado.

Ahora publicamos en *Pensamiento*, por tanto, la primera traducción completa al español de una obra tan importante de la literatura catalana, española y, en mi opinión, universal. Próximamente saldrá también publicada como libro, pero adjuntando el original de Miquel Costa en mallorquín, así como una traducción al inglés de mi introducción y del poema completo. Esta edición integrará además importantes materiales gráficos originales que hemos conseguido para dar más empaque al libro.

El texto de referencia para la traducción es el de: Miquel Costa i Llobera, *Obres Completes*, Palma de Mallorca 1994, edición a cargo de la Fundación Rotger Villalonga y la Fundación Antonio Maura, sobre la base de la edición de la Editorial Selecta en 1947. El original de Costa y Llobera tiene una versificación con criterios métricos que no se han pretendido mantener en esta traducción al español. Se ha hecho en prosa poética con la intención de mantener el ritmo poético y la fuerza de la expresión. Se ha tendido a la literalidad, línea por línea y párrafo por párrafo. Salvo que se indique otra cosa, las notas son de Costa i Llobera. En español esta obra llegará a sectores mucho más amplios de la sociedad.

2. EL LEGADO DEL GENIO GRIEGO

LA DEIXA DEL GENI GREC, de Mn. Miquel Costa i Llobera

Versión en español de Nicolau Pons Llinás SJ.

2.1. Nota introductoria de Miquel Costa i Llobera

En la vida del patriarca de la poesía griega, obra que se atribuye al patriarca de los historiadores, Herodoto, se lee que Homero, llamado antes Melesigeno, siendo todavía joven, navegó desde Esmirna hasta las costas de Hespèria. De esta noticia arranca la ficción de colocar aquel rapsoda o cantor de la primitiva Grecia en Mallorca y en las Cuevas de Artá. La circunstancia de abundar en el término de este pueblo los antiquísimos monumentos megalíticos, llamados tala-yotes o pedregales de gigantes, me ha sugerido lo de la tribu sagrada artanense y el personaje de Nuredduna. He formado este nombre sobre el vocablo «nur» que en lenguas antiguas del Oriente significa fuego, por lo que fue llamada por los fenicios «Nura» la isla de Menorca, donde singularmente abundan los tala-yotes, monumentos que todavía se dicen «Nuraghe» en la isla de Cerdeña. Así Nuredduna viene a ser como una personificación del fuego sagrado de la raza, su sacerdotisa poética. Le he dado carácter sibilítico por lo arraigado que está en Mallorca la tradición de la sibila. Si pudo haber una de estas videntes en la caverna de Cumes, sienta bien a las grandiosas Cuevas de Artá haber tenido también otra.

EL LEGADO DEL GENIO GRIEGO

I

*Cabira², que de la tierra vives en las entrañas
incubando tesoros o savia que hace revivir los campos;
arqueros de las alturas que disparáis el rayo;
genios del bosque sombrío, del mar y las montañas;
sombras de nuestros abuelos, terror de gentes extrañas:
recibid ya el sacrificio que, grato a todos, se está acercando.*

*¡Bebed, oh, Dios! La tribu que a beber os invita,
derrama, sobre el ara, la más rica libación.
Si os place la sangre caliente del buey o del carnero,
mucho más la sangre humana, de más costosa vida.
Vuestro furor se abrevia y saciado, olvida
el agravio y la venganza... ¡de la sangre brota el perdón!
Así, cien voces cantaban a coro bajo el ramaje
de la sagrada encina y con majestad salvaje
se dilataba el cántico en el bosque y en la noche.
Entre hogueras de tea, cien jóvenes, de inmediato,
formando danza guerrera, rodeaban el gran tronco
del árbol, viejo en días y el gran altar de roca.*

*Bronceados, fornidos y ágiles, vestidos de rasurada piel,
ceñida al cuerpo la honda de triplicado cordel,
portando yelmos con cimera crestada, donde domina
la pluma de la milana o del águila marina,
lucen nuevas lanzas y nuevos escudos de cobre
que, a precio de esclavos, obtuvieron de unos mercaderes de Hiram,
que dirigían su proa a Tarsis. Arriba, hacia las ramas
ya el fuego sagrado levantaba fatídicas las llamas
para el sacrificio sobre el altar del talayote.
Sobre aquel muro ciclópeo estaba el sacerdote
de larga cabellera y barba, que en blancura
venía con creces la lana de su ancha vestidura,
con el follaje verde oscuro de encina coronado.
Robusto en su vejez, del árbol venerado
tenía por completo el aspecto hierático, impasible,
por dominar en calma solemne los horribles avatares.*

² Invocación a los poderes numéricos de la Tierra (nota del traductor).

*Ocho sacerdotes ministros servían al gran anciano.
Gentil y pensativa sentada frente a él,
sobre un haz de sagradas hierbas, recogidas a la luz de la luna,
la gran vidente del pueblo, la virgen Nuredduna.
Sus ojos irradiaban en su entorno un sueño divino.
Ceñía-le la testa un retoño de romero
y en rizos le desbordaba la negra cabellera,
flotando para sombrearle la faz dulce y austera.
Al cuerpo le sujetaba la vestimenta un cinturón
de bárbara riqueza y el misterioso halcón
de plata, luciendo sobre su ropa, producía a la vista
centelleos de medialuna serena, pero triste.
Nieta del anciano jerarca ya había sido acunada
en el sagrado recinto y niña ya había aprendido
de las antiguas zagas todo el arte de los sacrificios
y de las hierbas curativas, de los sueños y de los auspicios.
Ella guardaba los himnos, las voces y tradiciones
del pueblo y en nuevos cánticos le contaba sus visiones
cuando un alba nueva en los corazones afloraba.
¡Flor de su raza, ella era la Virgen poesía!*

*Atados al pie del gran tronco, inmóviles, mudos,
nueve extranjeros estaban en penosas actitudes
de futuras víctimas. Con su vestido y traza
del bello país helénico mostraban bien la raza.
Eran griegos de las airosas islas del levante,
quienes, navegando hacia la costa de Hesperia,
habían hecho escala cerca de la bella playa
de Bóccoris, nueva colonia de Boken-Rau,
que ya la ley daba vencedor sobre Egipto
a las tribus de Clumba, la Balear mayor³.
Justamente, aquella tribu no dominada todavía,
allá los había prendido en medio de una emboscada,
mientras ellos, costeano la isla, al abrigo favorable de un cabo,
saltaron a tierra como país amigo,
dejando en el navío su compañía de fuerza.
Así, ellos ya en espera cruel de la agonía,
ojos bajos, sin quejas, como propio de valientes,
dirigían a la patria un recuerdo triste y suave,
sintiendo por su hogar más fuerte la añoranza.*

³ – Bóccoris, primitiva colonia de Orientales en Mallorca, fundada por los egipcios en tiempos de Boden-Rau, según opinión del P. Fita. Es la misma población que fue municipio federado en la época romana (*foederatum Bocchoris*) según la cita de Plinio. Estuvo situada cerca del actual Puerto de Pollensa.

Entre ellos había un joven gallardo, parecido al dios, hijo de Latona, el Arquero con lira de oro: de nombre Melesigeno, y estando en la flor de la edad, llevaba, precisamente con las armas allá destrozadas, la lira de los rapsodas. Sobre sus cuerdas mudas deslizaba él por momentos la mano fuerte y gentil. Mirándolo uno de aquellos presos, el más viejo y el más gentil, le hizo entonces una señal, diciendo: «Melesigeno, si tú retienes todavía el genio de tu elevada musa» ¿por qué no cantas ahora nuestro mortal adiós?

Se incorpora el rapsoda y pronto en su entorno vibraron de un preludio las delicadas notas. En vano vibraron contra las revoltosas voces de toda aquella tribu, pues desde el talayote la virgen profetisa, ordenándolo el sacerdote, hizo señal de silencio. Todos callaron. Y pura la voz del alto rapsoda sonó por la espesura.

Adiós, patria de héroes, país de la armonía. Adiós, hogar y padres, hermanos, amigos, parientes. Adiós, clara luz de Hélios⁴, espléndido rey del día, tierras donde toda raza de hombres parlantes se cría, mar de rumores sin nombre, dulce aire de los vivientes.

Adiós. Por mar y tierras, siguiendo vanos caminos, aquí vinieron a buscar nuestro final prescrito, según la oscura trama de aquellas tres hermanas que canturrean los destinos, hilando vidas humanas las viejas Moiras, hijas del Ereb y de la Noche⁵.

¡Oh Clumba!, en ti no pensábamos encontrar suerte tan dura. Al ver cómo saltas de un mar y un cielo tan azul como los de nuestra patria; y en rocas y verdor, hermana de las Ciclades, mostrabas tu figura. ¡Ay! como la santa Delos, sonriendo a nuestra nave.

Tus olas me parecieron juego de las Sirenas, tus campos como los de la isla donde el divino Odiseo⁶, dentro de un albergue de ninfas, casi olvidó sus penas; y veía yo en tus abruptas y serenas costas

⁴ Helios, dios del sol.

⁵ Moiras, las tres divinidades siniestras, llamadas *Parcae* por los latinos, las Parcas.

⁶ Odiseo, Ulises en latín, rey de Ítaca, héroe protagonista del poema homérico la Odisea. La ninfa es aquí Calipso.

*el escondido palacio de Tetis, las cuevas de Proteo⁷.
En Bóccoris, la villa bien fundada por los Keptos,
soñaba yo el nuevo muro de una colonia nuestra.
¡Más, ay! una suerte muy distinta aquí nos aguardaba
en manos de esta tribu, engendrada de Cíclopes⁸,
que habita en roquedades en el interior del oscuro bosque.*

*Y he aquí que, lejos de los himnos de victoria,
hoy nos precipita la Moira más cruel
al reino de las sombras sin dejar rastro.
¡Si al menos allá pudiéramos cantar la antigua gloria
de los héroes muertos que vagan por el campo de Asfodel⁹!*

*Así cantó el poeta. La tribu allá escuchando
sin entender bebía las olas de aquel canto
como hierba seca y áspera que bebe la lluvia primeriza.*

*Más, como la tierna rosa del bosque que en capullo
padecía sed, quejándose en el corazón de un tan seco verano,
al fin mojada por la lluvia, inclina la cabeza y vive,
así también entonces la virgen Nuredduna,
caída su bellísima frente de morena cabellera,
el nuevo ensueño bebía del no comprendido canto...
Y sobre la tan noble figura de aquel preso,
fijando ella la vista, piadosa y admirada,
de un nuevo mundo espléndido sentía revelada
la vida por el rapsoda parecido a un inmortal.*

*De repente, el anciano jerarca hizo una señal
y levantándose Nuredduna blandió su reluciente lazo ...
Se iniciaba entonces la cruenta inmolación.
Sonaba una siniestra sirena. Parejas de guerreros
ataban de pies y manos a los prisioneros,
llevándolos a la piedra fatal del sacrificio.
Ya el anciano recitaba la fórmula secreta, y servicio
prestaban sus ministros; y ya el primer cautivo,
derramada su sangre, ardía sobre la sagrada brasa.
Entonces la profetisa, que con su velo de lana,
solía cubrirse su cabeza ante la muerte humana,
se descubrió, y en el punto más elevado del talayote,*

⁷ Tetis, Thetis de los latinos, diosa del mar. Proteo, dios marino que pastoreaba a las focas.

⁸ Cíclopes, gigantes monstruosos del Etna.

⁹ Campos del Asfodel: los Campos Elíseos, lugares de paz donde habitaban las sombras de los héroes por los prados floridos de aquella hierba asfódelo (*Hastula regia*), planta liliácea.

*con la resuelta actitud de quien no puede callar,
 elevando los desnudos brazos al cielo
 y la mirada de unos ojos donde relampaguea el encanto
 de su inspiración, así habló: -- Escuchadme ministros y guerreros:
 es preciso que este joven cantor de los extranjeros
 no vierta la sangre aquí. Como víctima escogida,
 el dios desconocido pide que se lo entreguemos con vida
 allá dentro de la gran Cueva, su misterioso templo.
 Allá, en sus grandes angustias, un pueblo temeroso
 penetra para dejar allí... su víctima más pura...
 Dejemos con vida a este joven en esa caverna oscura --.*

*No bien acabó la joven, que un enfermizo hombre
 de ojos hundidos que le lucen bajo su pelaje gris,
 como rescoldos de brasa en la carbonera y la ceniza
 dijo: -- La profetisa a lo mejor sea demasiado compasiva,
 y el dios que la ha inspirado puede ser la compasión...
 No se encuentran las tribus en tiempos de conceder perdón,
 hoy que gentes extranjeras someten toda la isla,
 hoy que ya solamente quedan en medio de sus montañas
 estas rocas libres para nuestro sagrado fuego.
 ¡Oh tribu de encina, no quieras tal piedad! --.*

*Al son de tales palabras se incorporó el gran anciano: -- ¿Quién pone
 sospechas en la virgen sagrada que ha desvelado
 la voluntad divina?... Yo quiero que este cautivo
 al dios de las cavernas sea entregado vivo...
 Allí ciertamente le espera el más espantoso suplicio;
 y así más expiatorio haremos el sacrificio.
 ¡Honor a la doncella, que es flor de mi sangre!
 ¡Quién ose decir una palabra contra ella, escupe mi blanco cabello! --.*

*Entre tanto gentío reinó un respetuoso silencio
 y bajo el venerable aspecto del altivo anciano,
 ministros y guerreros inclinaron sus cabezas.
 Mientras en su lugar los otros prisioneros llegaban a su término,
 solo quedaba Melesigeno, y no podía
 ni entender lo que decían ni ver cuál sería
 la suerte que le esperaba, aunque aguardaba la muerte.
 Entretanto, se repitió el primer himno con más energía
 y se hizo en torno al árbol la horrorosa aspersión
 y con el fuego de la pira terminó también la fiesta
 cuando del mar ascendía la estrella de la mañana.*

*Aún no era todavía de día, cuando ya caminaban
por el bosque hacia las Cuevas, bajo los rayos de una débil luna,
los sacerdotes, las sagas entorno a Nuredduna,
las cabezas de aquella tribu y, atado entre los guerreros,
el armonioso rapsoda, que iba desarmado,
pero portando todavía la lira prodigiosa.*

*Cerca del mar salieron cuando el agua rumorosa
al primer beso del alba ofrecía el azulado de su sonrisa
y somnolientas nieblas, vistiéndose de color
poco a poco se alzaban, como celeste marinada.
Seguían en silencio, seguían la ribera
por un camino de cabras, en todo sombreado por los pinos,
y haciendo alzarse de paso una bandada de cuervos marinos.
Cuando el enorme y rojo sol desde dentro del mar se asomaba
surgió frente a la comitiva el bravo peñascal
del Cap Vermell, teñido de púrpura oriental¹⁰.
Como un albergue titánico, en el flanco de aquel peñasco
se veía la horrenda arcada que abierta, parecía
la garganta de algún monstruo que un río engulliría.*

*Aquella gente cansada, subiendo una áspera pendiente,
entró en la gran garganta, perdiendo allá enseñuida
la luz del cielo y los diversos ruidos del mar y de la tierra.
¡Eterna noche sagrada... sordo silencio que aterroriza!
El espanto, como una losa, cubrió al abatido joven
cuando de la luz del día un último rayo perdido,
azulado, mortecino, tristísimo, en su sombra se diluía,
como el último trasluz que un moribundo percibe.
Entretanto, encendidas fallas de rojo resplandor
descubrían gradualmente aquel interior
de un templo que demuestra, repleto de maravillas,
el mismo arte divino que el vacío lleno de estrellas.
Columnas de alabastro de prodigioso boceto,
como nunca sobre la tierra esculpirá el cincel,
se pliegan formando pórticos y vastas galerías
y parece que allá esperen, como engalanadas vías,
el triunfal pasaje de míticas legiones.*

*Otras más grandes columnas, surgiendo de la ancha profundidad,
se enderezan solitarias a tan suprema altura
que tan arriba se pierde de vista su pródiga escultura,*

¹⁰ Cap Vermell, cabo rojo, peñasco marítimo de este color, que entraña las Cuevas de Artá.

*adonde no alcanza la luz de las fallas ni de las hogueras.
Riquísimos tabernáculos y púlpitos con doseles
de filigrana, tiendas de espléndido cortinaje,
estatuas revestidas de plegado ropaje,
sepulcros, aras, ídolos e ideales monstruos,
todo lo que inventarían inmortales delirios
de más sublime belleza y encantador misterio
debajo de suntuosas bóvedas que el poder de un imperio
ni siquiera podría imitar. Todo forma una visión,
que con fuerza soberana rinde la admiración.
Allá mantiene secretas cortes la majestad augusta
del Invisible, parece que por la proclamación justa
de su poder, ostenta trofeos bajo sus muros
de quienes fueron sus enemigos, de los enemigos futuros...
Así, en las cornisas se ven en hileras
tejidas de alabastro, las mágicas banderas¹¹
que centenares de victorias parecen pregonar.*

*En medio de aquella sala surgía un gran altar,
sin ídolo alguno ni otro emblema, escombros de estalagmita,
consagrado al dios desconocido. Era el destino
adonde se encaminaba la larga procesión.
Ahí delante se postraron en muda adoración
los sacerdotes y zagueros; entonces Nuredduna
de un ramo de flores que llevaba, recogidas a la luz de la luna,
hizo una corona y con ella coronó el cautivo,
como víctima sagrada, según la ley prescrita
del dios escondido. Después le dio a beber del cáliz
de poderoso narcótico que hace dormir y creer
en consoladoras visiones que calman el sufrimiento.
Bebió Melesigeno como quien lo consiente todo,
rendido al fatal infortunio y ya nada espera.
Entonces lo encadenaron al ara, de modo que
no se pudiera mover y habiéndolo asegurado
lo dejaron con la lira a su lado sopesada.*

*En tanto que Nuredduna derramaba la libación,
se ordenaba de nuevo la aterradora procesión;
y al entonar un cántico tomaba su camino
hacia la abierta luz y al horizonte sin fin.
Y en su lugar Melesigeno ya permanecía solo.
Solo con el silencio, la oscuridad y la agonía.*

¹¹ Dentro de la gran cueva existe precisamente la sala de las banderas.

*Solo un plazo de vida, más triste que la misma muerte.
 A cada instante más débil la voz del elevado cántico.
 A cada momento más pálidas aquellas fogatas de tea.
 A raíz de las fugitivas rachas se veía i no se veía
 la procesión, perdiéndose por aquel sagrado bosque
 de troncos de piedra viva. La inmóvil claridad,
 huidiza, daba a las sombras un batir de vida
 y figuraba que monstruos en negra desbandada,
 vagando aleteasen en torno del jovenzuelo.
 Así las maravillas del lugar eran para él
 como una tromba inmensa de horror que lo abismaba.
 Y cuando, perdiéndose en la lejanía, por fin se disipaba
 hasta aquel último rastro de voces y de luz,
 sintió Melesigeno el impulso de un nuevo furor;
 saltó, pero lo paró tintineando la áspera cadena
 que le engrilletaba los pies. Entonces, a plena voz,
 lanzó a las mudas sombras un grito, horrible grito,
 que fue con voces de escarnio por el eco repetido.
 Después un desesperado mutismo cerró su boca
 y solamente pudo oírse por el fondo de aquel abismo
 la eterna gota de agua de la llorosa estalactita
 que cuenta el paso de los siglos y lo hace más desesperante.*

II

*Qué furtiva claridad bajaba a través de la sima.
 Precisamente despertaba Melesigeno del sueño,
 cuando, ya a través de las tinieblas, vio una lucecita azul,
 que venía desde lejos, y que llegaba frente a él.
 Se restregó los llorosos ojos, dudando si lo que veía
 era todavía un sueño... Y sueño ciertamente lo creía
 cuando de más cerca contemplaba la extraña aparición.
 Era la profetisa que con ojos de compasión,
 le saludaba con toda serenidad, diciendo: -- Hijo de la aurora,
 no morirás. Aleja la pena que te acongoja.
 Yo te salvaré la vida, yo te abriré el camino...
 Si yo ante el pueblo hice lo que hice para traerte aquí
 y encadenarte al ara del dios desconocido era
 con el oculto objetivo de darte la libertad... Espera --.
 Y mientras hablaba, la joven deshacía la gruesa atadura
 que por debajo unía las cadenas con el ara.
 El griego no comprendía nada de aquella lengua extraña;
 mas, por su dulcísimo tono y el hecho que lo acompañaba,
 ya pudo entender lo suficiente de la inesperada suerte,
 con que una mujer le sacaba de los brazos de la muerte.*

-- *Oh tú, exclamó, visión divina, si no eres un delirio de una cabeza calenturienta, no quieras burlarte de mí. Deja que muera sin otro engaño, conforme reclama el hado cruel. Mas, no, tu no me engañas. Tu voz como el hidromiel con su dulzura reanima mi abatido coraje. ¿Serías tal vez, oh, virgen de los bosques, la coronada Artemis¹² que a los cazadores guía? ¿Te envía el hermano Apolo que invocan los cantores y hacia el cual volaba mi cántico cada día? Deja que te adore los pies perfumados de ambrosía y sálvame, ¡oh divina! Tal decía desligado de la cadena horrible y prostrado en tierra el dulce Melesigeno. Entonces Nuredduna le hizo señal de que se levantara, tomó en la mano enseguida la tea luminosa y un puñal de hueso bien liso, y con una señal firme, le indicó que la siguiera.*

La Virgen y el rapsoda sin decir palabra iban hacia la salida y apenas si miraban las grandes magnificencias de aquel augusto palacio. Ella en su poético corazón saboreaba el gusto de las gentiles palabras que, poco antes oídas y no comprendidas, poseían indefinidas dulzuras, con voces de una tonada que se pierde a lo lejos en la noche... El, con la prisa de verse ya fuera de aquel inmenso sepulcro, batía con fuerza las alas del corazón y dentro del mágico espacio de aquellas salas veía solamente delante de sus atónitos ojos la virgen misteriosa que lo llevaba a la salvación. Saliendo de la caverna, largo tiempo ya haciendo camino, y ni un hilito todavía de la claridad del día se veía filtrar entre las columnas. Quizá perdidos en el camino que hacían. En la imponente quietud del prodigioso abismo, tal vez se enterraban sin remedio... Esta duda terrible y angustiosa sintió Melesigeno, y el paso ya receloso iba a detener, cuando, más arriba, abierto, vio el portalón, mostrando la luz incierta azulada y violácea de un cielo crepuscular. Entonces él, frenético, corrió, se asomó hacia el horizonte inmenso y allí, aspirando todo el aire que en sus pulmones cabía, no le faltaba nada

¹² Artemis, la Diana de los latinos.

para elevar un cántico o un alarido desgarrador. En este momento la virgen le impuso el silencio y ya sobre el abierto umbral, tranquila, señalaba las olas que allá a sus pies rumorosas dormitaban. Por momentos subía de la orilla un suave rumoreo o el lamento de una gaviota que a su nicho de paz llegaba con retraso. El instante era propicio para intentar la fuga sin apenas dar señal de ello. En el momento en que a distancia se pierde del todo la vista podían salir seguros, estando el lugar desierto. Claridad tampoco faltaba, discreta y oportuna, pues hacia levante ya se veía el anuncio de la luna ¡Con acierto sus tiempos la profetisa había escogido! Coronada de estrellas, la taciturna noche reinaba y parecía, cubriendo todo el hemisferio, incubar para el mundo el germen de un amoroso misterio. ¡Oh, cómo en aquella hora habrían conversado aquellas dos vidas sino se lo hubiera impedido el diferente lenguaje! Entonces la doncella, levantando la mano, señalaba la vespertina estrella; y el joven mostrándole la estrella, el mismo amor hacia ella se volvía después con nuevo ardor. Así, callados, bajaron hasta la mar cercana.

Allá, desde una punta que avanza en la ribera volvió la virgen a señalar y el griego descubrió la nave de los suyos, que estaba esperando por recoger a los compañeros que ya habían saltado a tierra. Por fortuna más fausta del rapsoda, entonces Nuredduna le entregó, por ella ya todo justamente preparado, un bote hecho del tronco de un lodoñero vacío, guarnecido de remos de encina. Ante tanta finura, cautivado Melesigeno se arrodilló con presteza, besando humildemente la fimbria del caído velo de ella. Ella de inmediato lo hizo sentar y allá bien proveído, comida le ofrecía: legumbres y carne asada y un dorado panal de miel, y, con leche ordeñada del día, a fin de beber una gran copa rellena de hidromiel. Calmó el joven entonces el hambre y su cruel sed; y mientras tanto, pensaba como signo de gratitud dejar su dulce lira, en el mismo momento en que advertía que, en la prisa ansiosa de escapar a la muerte, ni de salvar su lira pudo acordarse y la dejó olvidada sobre el funesto altar. Volver a recogerla no le era posible.

*Y así de Nuredduna se despidió llorando
de gratitud. Mas ella sofocando el afecto
que de su corazón luchaba por estallar, severa,
hizo señal de partir enseguida de la ribera;
le desligó la barca y allí sobre un arrecife,
derecha, lo vio alejarse remando. En ese momento, remojado
de ocultas lágrimas tenía el extremo del velo.
Y mientras el bello rapsoda se alejaba, salía
la luna, la luna llena, del mar del oriente,
pausada, grande, teñida de un rojo sanguinolento,
mostrando, dentro del misterio de su nocturna aurora,
el aspecto de Medea siniestra y vengadora.*

.....

*Aliento de quien recobra el espacio, la libertad,
delito de quien se contempla resucitado de la muerte
sintió Melesigeno remando hacia el navío
de los suyos; y desde una cierta distancia, pidió auxilio
con voz reconocida a fin de ser bien recibido.
Todos allá lo recibieron ansiosos y brindando
en amigable libación, después de que todos bebieron,
rodeándolo en la cubierta, le hicieron contar con detalle
lo que en su larga ausencia le había sucedido.
Entonces con su palabra de mágico colorido,
él se lo iba contando todo: la aprehensión, el cautiverio,
la muerte de todos los otros compañeros en el misterio
del bosque sagrado, su futura inmolación
en la augusta caverna semejante a la mansión
del Hades¹³, rey de las sombras, y en fin la inesperada
aventura de poder salir de ella por obra no explicada
de una diosa o virgen de nombre desconocido.
Esta narración escuchaba absorta la variada multitud
de los navegantes. Después quedaba tomada
la resolución de irse con la mayor rapidez
a concitar la fuerza del pueblo vencedor
para aniquilar la tribu que llevaba a cabo tal horror.
En el momento que salía del mar la luna roja,
también desde las olas subía Nuredduna,
cuando sintió repentino alboroto, creciente vocerío.
Quiso escaparse rápida, más entre luces y gente
se encontró perdida. Quien allá hacía de guía
era el mismo que la noche anterior ya la emprendió contra ella*

¹³ Hades, dios mayor del Averno, Plutón entre los romanos.

con malignas palabras encima del talayote.
 Pues aquel cabeza de ceniza dijo entonces: -- ¿Quién puede
 manifestar el oráculo de los dioses en la noche sagrada,
 sino la altiva virgen de ellos inspirada?
 Un dios, como ella decía, mandó que el apuesto cautivo
 se quedase en la cueva como víctima viviente, en vida.
 Por tanto, hace falta que nos muestre la pura profetisa
 cómo tal cautivo se encuentra ligado en la oscuridad,
 a no ser que, ya invisible, se haya hecho como ese dios.
 ¡Tu pueblo, oh Nuredduna, quiere ver lo que es suyo,
 quiere registrar la cueva! -- Desde el alto portalón,
 en el que la profetisa ya había ascendido,
 y desde aquella puerta sublime, sobre el mar
 y la salvaje turba, su voz resonó:

-- Abierta está la puerta de la guarida: podéis entrar ahí
 sin mí, corazones de gineta que tenéis sed de sangre.
 Mas el hombre que os guía, no busca ya al cautivo.
 Él busca a la Nuredduna que odia el sanguinario,
 y con esto mi última palabra ya habéis escuchado.

Pues yo he escuchado clara la voz del Invisible.
 Yo lo he podido entender dentro de un latido de amor;
 y dice que no le agradan las víctimas del horror,
 que derramada la sangre vanamente, le es aborrecible,
 que él por querer carnicería ¡no es tigre ni buitre!

Ya veo, ya veo como alba de aquella edad futura
 en que, según el enigma, la virgen dará a luz;
 cuando el Invisible se mostrará hablando al hombre,
 del cielo nuevo rocío lloverá pura ternura
 y entonces ya todos tendrán que llamarse hermanos.

¡Salud, lejana claridad perdida entre las tinieblas,
 que en alas de hermoso cántico me muestras un trasluz!
 Mi vida para ti se exhala como un ligero perfume...
 ¡Lejos, las terribles armas y las sanguinarias fiebres
 de los dioses y los sacrificios de bestial hedor!

¡Fuera de este templo!... Que aquí la raza impura
 no manche maravillas que no puede construir.
 Si tanto queréis, manchad las rocas del talayote,
 que antiguos gigantes edificaron según su estatura.
 ¡Aquí, sólo el Invisible es dios y sacerdote! --.
 Así la habló la profetisa. Y un pedrisco

*zumbó hacia ella mientras una voz airada
gritó: -- ¿Habéis oído? Ha blasfemado de los dioses
y quien blasfema de los dioses, justamente muere apedreado.*

*Enseguida un chaparrón de piedras rebotaba
entorno a Nuredduna y alguna la hería,
mientras ella se refugiaba corriendo en la oscuridad
de la sagrada cueva. Por un terror secreto,
aquellos armados no se atrevieron a seguirla.
Detrás del gran portal sintieron cómo con una chispa de piedra
ella una luz encendía; y por la inmensa caverna
sólo vieron un rastro de luz espectral...*

.....

*Adentro, adentro seguía por el solitario antro
la virgen apedreada. La paz del santuario
con su frío ósculo le serenaba la frente.
Más, ¡ay! ¿Qué hacía un rastro de sangre
por donde ella ya lenta caminaba? Las fuerzas le decaían.
Sus pies ya se rendían; sus ojos apenas veían.
Por fin, pudo clavar justamente su luz sobre el ara
Y se reclinó, rendida, bajo aquel agosto bloque.
Allá, medio desmayada sintió vibrar en sus orejas
lejanos rumores; después las mudas sombras
le dieron al espíritu como un lenguaje sonoro;
voces del imponente silencio de esta forma comenzaron a cantar:*

*-- Reposa entre nosotros, reposa, humana virgen.
Lejos de las vidas que se lleva el temporal...
Dentro de la pura profundidad que tu gran corazón demanda,
alabastrinas vírgenes te quieren llamar hermana,
intactas vírgenes de agua quieren llorar contigo.*

*Oh, flor de esta tierra, prendada del misterio
olvida tus bosques donde todo se deshoja y cae.
Olvida tu familia de sangre y cautiverio,
dentro de nuestra florecencia de perenne imperio,
dentro de este tabernáculo de la suprema paz.*

*Aquí la obra de los siglos transfigura las rocas
y sin dolor ni obstáculo, prosigue tranquila
puliendo estos abismos la mano de la naturaleza.
¡Ay! No es así entre los hombres. Bien lo sabes, oh prematura
doncella de una raza que te desconoce.
Mas, cabe que en cualquier cosa sea guardada la ley.*

*En el universo late la inmensa aspiración;
así, en territorios y pueblos, en paz y en airada lucha,
con llanto o con desencantos, poco a poco formada
crece la obra sin hitos buscando la perfección.*

*Afortunada tú, doncella, que el oculto dios inspira,
saltando sobre tu siglo, tú eres sublime víctima...
Toma del altar, que es tuya, la suprema lira.
Por un latido del anhelo con que tu corazón expira
daríamos las centurias de la calma que gozamos.*

*Afortunada tú. Tu vida, breve, como de lirio y rosa,
alcanza hasta lo infinito por el corazón y el pensamiento.
Muere ya que el Invisible te pone su rico anillo.
¡Puedes dormir en su tálamo, esperándolo todo, oh esposa!
Duerme, que tu astro sube en vela por el firmamento.*

*¡Ah! ¡Duerme entre nosotros, reposa humana virgen,
lejos de las vidas que la tempestad se lleva!
Dentro de la augusta profundidad que tu gran corazón demanda
las vírgenes alabastrinas te queremos soberana.
Como intactas vírgenes de agua ya lloraremos por ti --.*

*Después ves cómo mis secretos y de más alto misterio,
más dulces que las notas del arpa y del salterio
que exhalan al dios único la santa adoración,
comunicaron a la virgen la gran revelación;
más el ánimo ni siquiera a las cuevas se extendía
ni la palabra humana sus notas hubiera acogido.*

III

*Como ancha torrentada que con parsimonia avanza,
al topar con un muro de rocas que de ella se defiende,
contra el roquedal se estrella saltando con más furor;
y si entonces allá arriba una nube atronadora
pesado pedrisco le descarga, se irrita más
y bramando con crujientes olas se abalanza;
así hacia el poderoso ejército de Boken-Rau
por el campo de aquella tribu cerrada a toda paz.
Dentro de un natural ciclópico se había encastillado
aquella gente y desde su altura defendida
en todo, por todas partes zumbaban las piedras de los honderos,
sobre las cuantiosas oleadas de extranjeros.*

*Haciendo olas se movían alrededor armas, banderas,
caballos, carruajes, y cantidad de guerreras máquinas.
Soberbia ostentación de un gran poder temido.
Como semidioses brillaban entre la multitud
guerreros con relucientes armaduras de tonos varios
y se veían negrear medio desnudos los sagitarios
de Nubia, que a la espalda sólo llevaban la aljaba
de flechas envenenadas cubierta con piel de dragón.
Como una siniestra armada que casi el sol oculta
volaban las saetas. La enorme catapulta
si no podía abatir las rocas de aquel muro,
hacía graves destrozos dentro de su oscuro cercado.*

*Pero lo que hizo destrozó más funesto
fue el artilugio allá nunca visto de una ballesta gigante
que lanzaba sus dardos de alquitrán y estopa
cruelmente encendidos sobre los envejecidos árboles
de la sagrada selva. Por dentro de aquellas ramas
prendían chisporroteando las llamas voladoras...
Se propagó el incendio y alrededor del sagrado lugar,
llovía del fatal ramaje lluvia de fuego
sobre aquella tribu que veía, aterradoras,
caer así sobre ella las ramas protectoras
de sus antepasados. El incendio crecía por instantes.
Ardían las encinas como hogueras gigantes.
Y ancianos, niños y mujeres, sin ver hacia donde corrían,
de aquí para allá, cayendo en tierra se retorcían
en un enorme brasero de cenizas y brasas
o bien aplastados morían bajo ásperas ramas
que con crujidos horrendos se precipitaban desde la altura.
Por fin, la encina madre de toda la espesura,
la que tenía a sus pies el sangriento altar,
rindió las ramas podridas sobre los que habían muerto
y, símbolo de la tribu, quebró su ancestral tronco.*

*De lejos veían esto, asomándose a una roca
del monte de las cavernas los sacerdotes unidos,
que desde allá clamaban a los dioses y hacían votos
por encorajinar al último de la tribu, nunca rendida.
Luego el augusto jerarca viéndola ya perdida
se arrancó frenético la intacta majestad
de sus cabellos y barba, honor de su sagrada cabeza.
-- ¡Oh, hijos! —dijo— ya es la hora. ¡La raza de la encina
no vive sobre la tierra que el extranjero domina!*

Vayamos hacia las cuevas. ¡Dentro de aquel santo horror
dejemos al menos los huesos salvados frente al invasor! --.
-- ¡Vayamos allí! -- asintieron desde cualquier rincón todos sus ministros.
Y bajando desde aquella altitud, mudos y siniestros,
recogían ramas y teas de pinos viejos,
que en haces cargaban sobre los más jóvenes de ellos.
Así, mudos llegaron hasta el portalón
de las augustas cuevas. Justo al comenzar la entrada
pronunciaron a media voz los nombres allá perdidos
de los héroes de la tierra y de sus dioses vencidos.
Entonces a la luz tenue de las fallas y con orden funerario
se adentraron más y más hacia el corazón del santuario,
portando todavía los haces de leña. Al llegar
en el centro de la caverna y al pie del gran altar,
allá descargaron la leña para el fuego.
De todo hicieron una pira; y pronto, deslumbrante
de entre humosa niebla, salió la llamarada.
Fue subiendo la hoguera como «trébol»
de serpientes de infierno, unidas en formidable lucha.
-- ¡Comience el holocausto! -- Gritó aquel venerable
decrépito en sosegada desesperación.
Y sacerdotes y sagas, en muda sumisión,
dando vuelta a la hoguera, las manos se unieron por doquier.
Siete vueltas la cercaron danzando en silencio
y en el séptimo rodeo haciendo un gemido mortal
dentro de la tremenda pira saltaron por igual.

Ya el último, el anciano jerarca, cuando se estaba arrojando
quiso mirar si alguno, indócil, se escapaba
y, al alargar la vista, vio a la luz del fuego
a su nieta sobre el trono del augustísimo lugar.

Era ella, Nuredduna, que estaba allá sentada, impasible,
inmóvil, bella y pálida como si del Invisible,
sintiera, desvanecida, el oráculo más secreto.
Su cabeza que se sostenía del trono en la pared
mostraba una herida, rojiza fontanela,
que por la frente goteaba un rastro de fresca sangre.
Sus brazos estrechaban, como en un transporte supremo,
la lira del rapsoda en un abrazo de muerte.
Viéndola así su abuelo retrocedió de repente
y con voz lúgubre y lágrimas, exclamando: -- ¡Ay, Nuredduna!
saltó sobre la llamarada de aquel ardiente abismo.

*Aquella pira ardió largo tiempo silenciosamente
como holocausto del solitario templo
y el humo de tal incendio, llenando el santuario,
sus blancuras de alabastro por siempre tiznará¹⁴.*

Así, vestidas de duelo estáis, Cuevas de Artá.

*Así retienes dentro de tus entrañas, Isla dorada,
la eterna lira griega envidiada por los genios,
don del antiguo monarca de los cantores ideales
a la flor de tu pueblo, capaz de sus amores.
¡Más, ay! tu augusta hija que lleva la gran lira,
dentro de tu poético abismo, permanece, inmóvil, muerta.*

MIQUEL COSTA I LLOBERA

Introducción de JAVIER MONSERRAT

Universidad Pontificia Comillas,
Cátedra Hana y Francisco José Ayala
de Ciencia, Tecnología y Religión
jmonserrat@comillas.edu

Colegio Montesión
Palma de Mallorca
colauponsll@gmail.com

Traducción completa al español de NICOLAU PONS LLINÁS

[Texto y traducción aprobadas para publicación en febrero de 2023]

¹⁴ Es bien sabido que las grandes cuevas estalactíticas de Artá están lastimosamente ennegrecidas debido al humo.